

# M. Arteche: "Antología de 20 Años"

Por IGNACIO VALENTE

659362

Las antologías siempre nos traen alguna sorpresa. No es lo mismo conocer las obras de un poeta a medida que aparecen, a lo largo de los años, que enfrentarse a una visión simultánea y conjunta de sus momentos más altos. La sorpresa de esta antología puede expresarse así: Miguel Arteche es un gran poeta —eso ya se sabe—, pero lo es sobre todo por un libro, "Desiertos y timbals", al que les demás predecesores prolongaron desde, una cierta distancia, sin alcanzar trascendencia propia.

En efecto: de los primeros libros —"La invitación al ocio", "Oda fúnebre", "Una nube", "El sur dormido", "Cantata del desterrado", "Solitario, mita hacia la ausencia"— el propio antologista, Hugo Montes, apenas entresaca uno que otro poema para esta selección: Son versos nostálgicos, "láricos", del sur, ilusivo y de algún reino intemporal de la naturaleza, semejantes a la vista que ha cultivado con más intuición y fuerza Jorge Guillén. Versos, los primeros de Arteche, un poco desviados de forma, imprecisos (salvo que hubiera otros mejores, no catalogados aquí). Los que aquí se nos presentan no tienen otro alcance sino el de introducir a los posteriores, más substantivos.

Los de "Otro continente" anuncian ya su estilo de madurez, su fuerza y sello propio. Hay en este tanto una variedad de planos de realidad y de significación: la naturaleza, la historia, el apocalipsis; el tiempo, y lo que está antes y después de él. Por estos planos del ser transita, con rasgos epicos, una pregunta sobre el destino del hombre americano. Pero se trata todavía de una pregunta abstracta, con aire de ejercicio literario, cuya mención como experiencia es vaga, como si toda concreción y toda realidad recuperable se hubieran transferido voluntariamente al orden de los signos más remotos y herméticos del lenguaje. Un poco a la manera de Saint John Perse, este poema nombría sin cesar realidades de aspecto definido que no son las de la ascensión, la tierra, el árbol, el regreso, que se dan por identificados pero que no se definen aneóditica ni poéticamente en el texto. Sin embargo, este poema no excede de cierta atmósfera de grandezza y de universalidad, que lo hace interesante a pesar de la sequedad señalada.

"Desiertos y timbals" (1963) es una de los grandes logros de nuestra poesía en los últimos veinte años. Nos presenta a un Arteche maduro en el oficio verbal y en la experiencia humana, y por eso mismo capaz de fundir en cada poema la concisión de una anécdota o situación determinada —el hijo que crucimé, el comedor abandonado, el juego de golf, el restaurante—, con vueltas metafísicas o teológicas que se hacen tangibles, vividas, en la justa medida en que proyectan la inmediata hacia-dimensiones absolutas. El fiero paso del tiempo se siente con una evidencia casi física en estos poemas. Por encima de las pe-

lbras queda siempre resonando un aura de ausencia, distancia, olvido y destierro, que no en vano resarcieron muchas veces en sus títulos. Esta propiedad se asemeja a la sequedad de lo romántico y abstracto, antes mencionada, pero sólo cuando lo perfecto a lo imperfecto de un mismo orden de cosas. Ahora el paso de las edades se ha hecho palabra concreta y sensorial: de allí la nostalgia terrible del poeta por la belleza pasajera de este mundo, y su no menos apasionada sed de la eternidad que por Cristo se le hace presente en plena temporalidad.

Cristo, cerviz de noche: tu cabeza  
al viernes otra vez, de nuevo al muerto  
que volverás a ser, cordero abierto  
donde la eternidad del clavo empieza.

El lenguaje que revela esta angustia de la muerte y esta esperanza religiosa es un decir castizo, seco, potente, de sonido limpio y de sentido lapidario, que entronca con una tradición muy determinada de la poesía castellana: la precisión de Quevedo, la pasión de Miguel Hernández —acaso el poeta más próximo a Arteche—, y la sintaxis público-hispanoamericana de Gabriel Mistral. Poesía grave, poca variedad de imágenes y colores, insistente en el rastreo de sus obsesiones esenciales, dura de aristas, substanzialmente clara, apasionada en sus embellecidas frontales, contenida por lo general en la medida del endecasílabo y en largas estríneas bien definidas. El sentido eternoísta del tiempo impone su huella en la manera de formar el poeta su materia verbal: con una mezcla quiediana de aserción y complejas idiomáticas, que revela exactamente sus inclinaciones paralelas hacia las cosas: halago y desprendimiento de las realidades pasaderas del mundo.

—¡Tierra es lo que sobra  
para enterrar amor, tierra pisada  
para caer el polvo enamorado  
que arde, que arde sobre las lejanías!

En la producción posterior de Miguel Arteche, no consigo encontrar algún poema de interés. Los que contiene esta antología me parecen débiles. Algunos son discursivos; explican un pensamiento que no alcanza la concreción lírica de la experiencia, ni la proporción verbal de su desarrollo; son poemas caretes de intuición poética ("Aeropuerto", "Hay hombres que nunca partían"). Otros buscan un aire ligero de canción ("Cuando se fue Magdalena", "Tú sabes que nadie vuelve"), pero la gracia formal y un cierto hermetismo de significado no consiguen remediar su insuficiencia poética. Por abrora, "Desiertos y timbals" sigue siendo la creación cumplea de Arteche, a considerable distancia del resto de su obra.

El Mercurio, Santiago, 4-VI-1972, p. 5

## M. Arteche "Antología de 20 años" [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

### AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

### FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

### FORMATO

Artículo

### DATOS DE PUBLICACIÓN

M. Arteche "Antología de 20 años" [artículo] Ignacio Valente.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)